

**6:00 am**

Si usted, lector, no cree en los aterradores hechos que prosiguen, siéntase afortunado de pertenecer a un porcentaje de individuos ajenos a los fenómenos parapsicológicos. Lo entiendo, yo era parte de los suyos. Sé que, si no ha tenido su propia experiencia, poca credibilidad me dará. Sin embargo, lo que me lleva a escribir esto, no es más que la ansiedad de relatar lo inefable.

Permítame decirle algo sobre mí que es necesario para la comprensión del incidente que me dispongo a narrar, se trata del hecho de que soy profesora de una institución educativa —su ubicación y mi identidad es algo que mantendré de manera confidencial, pues puedo prescindir de ello—; sirva también mencionar que pertenezco a una familia con un temperamento excesivamente realista. Que en mi casa nunca se le diera cabida a las explicaciones fabulistas apartó de mí los temores a la

soledad y a la oscuridad, monstruos ambos de la infancia de mis conocidos.

Todos los días, durante dos meses, llegaba al colegio a las seis de la mañana y timbraba hasta que alguien, que nunca alcanzaba a divisar, abría desde dentro y se marchaba. Como la construcción era la unificación de varias casas tenía incontables subdivisiones concebidas con impericia: lo que antes habían sido habitaciones, salas de estar y garajes eran ahora salones de clase, y las escaleras, pensadas para abastecer uno que otro habitante hogareño, se quedaban cortas para la necesidad institucional. Junto a las escaleras, en el primer piso, el cual era el patio por el que se ingresaba, había un espejo. Este objeto nada tenía de excepcional salvo que era el único en toda la institución.

El suceso tuvo ocasión un día de clases, cuando las instalaciones del colegio habían perdido la extrañeza que me producía en los primeros días de enero. Esa enorme construcción había dejado de ser ajena y las manías del timbre de su puerta me eran conocidas; el pasillo, que antes me había parecido

extremadamente angosto, era ahora lo suficientemente amplio como para ignorarlo. Eran las seis de la mañana y por eso el patio estaba atiborrado de serenidad y neblina. Sí, hacía frío y poco faltaba para que lloviera. Yo estaba sola. Perdóneme el lector que insista en ello, sé que es común a las historias del tipo de esta, que suceda en la soledad cuando nadie puede corroborarlo y en los días paramosos, pero así como esta recurrencia puede intensificar su escepticismo, puede ser prueba de que la soledad y el frío nos aproximan a estos fenómenos.

Aquel día, como todos, me abrieron la puerta, ingresé, y fue cuando terminaba de recorrer el pasillo y me dirigía a subir las escaleras, que lo vi... A pesar de lo aterrador, lo miré fijamente, no se piense que por valor, era precisamente el embotamiento del terror lo que me clavó al piso e hizo que mi mirada penetrara la imagen. Mi corazón bombeó fuerte y se pasmó por unas milésimas de segundo en las que mi cerebro no pensó absolutamente nada. Era imposible gesticular un grito y aun así se me fue

revelando el fenómeno. Sé que en el momento lo comprendí todo o, tal vez, sólo una metáfora de lo que pudiera ser, pero hoy no sé decir más que la sensación que me produjo. El horror agotador que hizo que me temblaran las piernas y que se retorciera mis entrañas, la sequedad en la boca y la respuesta del organismo a un peligro irracionalmente ajeno.

¿Qué era? Si tan sólo pudiera definir si era un quién o un qué. La imagen, proyectada desde el espejo, no tenía la forma de alguien o algo, era ambos, era carencia y exuberancia. En ella se concentraba la melancolía y la soledad de la vejez, los terrores de la incoherencia y la amnesia, era la personificación de la enfermedad de la senectud manifiesta en un pensamiento audible, toda la decrepitud de la humanidad condensada en un organismo rebosante de deseos de vivir, los llantos agrios de un ser que se opone a la muerte, el declive de la vida, ceguera. Pero, nada de esto era su aspecto... era algo más. Algo inenarrable.

Y, aun esto, no es lo importante; el quid de aquel espanto era su aterradora misión, estaba ahí con un propósito y yo lo comprendí. Fue cuando noté su reacción a mí que lo entendí, el mismo terror que me invadía se descubrió en él —si acaso era un “él” — al saberse descubierto, pues supo que su descuidado acto al revelármelo me permitiría advertir que estaba ahí para dar a sus ingenuos espectadores algo de sí y que cada vez que nos miráramos al espejo un poco de eso se anclaría en nosotros.

Poco a poco se fue configurando mi reflejo en el espejo hasta desvanecerse cualquier indicio de aquella revelación. Contrario a lo que puede creer el lector, continué impávida consciente de la catástrofe que se efectuaba cada vez que uno de los estudiantes se detenía en un simple acto de vanidad.

Por unos días amonesté a los estudiantes que se perdían en la mágica lente, pero con el tiempo he comprendido que nada puedo hacer, él tiene su propio poder y sé que me observa mofándose de mí,

pues es consciente del escepticismo de las nuevas generaciones.

Roa, Nathalia. “6:00 am” Bogotá, 2017. Internet. <[www.nathaliaroagarces.com](http://www.nathaliaroagarces.com)>